

CAPITULO XIII

[Regresar al indice de ARTE DOMINICANO](#)

[Regresar al INDICE de PRECURSORES](#)

Artistas foráneos.— Hausdorf.— Vela Zanetti.— Fernández Granell.— Alloza.— López Mézquita.

Un doble estímulo vino a impulsar decididamente nues-tra retardada evolución artística: la extraordinaria aporta-ción de los artistas aventados hacia la Isla por la última re-volución de España, entre ellos Vela Zanetti, y luego la de los artistas hebreos perseguidos por Hitler, en primer tér-mino Hausdorf, en 1939. A esa singular aportación se agre-gó, enriqueciéndola aún más, el retorno de dos dominicanos que maduraban y acendraban su aprendizaje de Europa:

Jaime Colson, maestro de la pintura, y Rafael Díez Niese, maestro en la crítica de arte. Los que venían a trabajar, en la ansiedad del exilio, se sumaron así a los que vegetaban aquí ávidos de estímulo y de magisterio. Otro nombre más ha de agregarse, en la estupenda faena de renovación, al de Díaz Niese: el de Pedro René Contín Aybar, también maes-tro en la crítica de arte, consagratoria partida de bautismo de toda obra entre los jóvenes artistas. [\[1\]](#)

Arranca así, hacia adelante, con férvido entusiasmo, el esperanzado movimiento pictórico que ha llegado a nues-tros días con su ascendente ritmo. El pintor nativo se trans-forma, pero el extraño también gana en matices y en su-gestiones: la variedad de la raza, el cambiante paisaje, el prestigio de los testimonios de la época

colonial^[2]. *Haus-dorf se impregna aquí del lujuriente cromatismo del Tró-pico: el simple examen del Catálogo de su Exposición de óleos, temples y aguafuertes, de 1946 revela hasta qué punto influyó en su pintura el ambiente dominicano. Vela Zanetti se convierte aquí en formidable muralista, en “pintor domi-nicano”*^[3]. *Fernández Granell se descubre a sí mismo en su Exposición en la Galería, Nacional de Bellas Artes, en 1945, año en que vino al país, fugazmente, el famoso pintor hispano López Mezquita, quien hizo entonces su óleo del Generalísimo Trujillo.*

José Alloza Villagrasa, llegado en 1940, se impregna del pasado heroico de nuestro pueblo, y, descubriendo su identidad con lo hispánico, crea una larga serie de ilustra-ciones para libros y revistas en que se confunden lo domi-nicano y lo español. Sólo hay cambiantes en sus tipos cuando entra en la escena el haitiano, con sus fuertes caracte-rísticas de etíope.

Ese trascendental momento de la cultura dominicana ha sido recordado recientemente por el más idóneo de sus testigos, el critico de arte Pedro René Contín Aybar, en su artículo Las Bellas Artes en la República Dominicana:

La llegada al país, como refugiados de las catástrofes mundiales, de varios artistas extranjeros acrecentó, induda-blemente, las posibilidades de aprendizaje para **los** naciona-les con vocación artística. Algunos casi no dejan huellas de su paso, limitándose su labor a la creación personal, pero contribuyeron con mucho a formar una conciencia de arte como por ejemplo Angel Botello Barros.

Mounia L. André Solaltehe, Eugenio Granell (quien celebró la primera ex-posición de pintura surrealista en el país), Ernest Lothar, Rivero Gil (que se acredita los frescos más puros realizados entre nosotros), el escultor animalista Compostela, el dibujante y caricaturista Shum, y muchos otros más que sería prolijo enumerar.

Pero otros, radicados en el país y nombrados profesores de la Escuela Nacional de Bellas Artes sí dejaron su impronta con resultados positivos en la nueva generación dominicana, principalmente José Gausachs, George Hausdorf, Joseph Fulop, Antonio Prats Ventós, José Vela Zanetti y el escultor, Premio de Roma, Manolo Pascual.^[4]

A esta pléyade es preciso añadir el nombre del más sobresaliente pintor dominicano, Jaime Colson, de indudable valor, formado en Europa, donde fue reconocido en los más exclusivos medios artísticos.

La aportación de estos maestros dio como resultado que se formaran artistas evolucionados como Clara Ledesma, Gilberto Hernández Ortega, Eligio Pichardo, Marianela Jiménez, Paul Giudicelli, Nidia Serra, Domingo Liz, Félix Disla Guillén, Mariano Eckert, Juan Plutarco Andújar, Julio César Pérez, Guillermo Pérez, Dionisio Pichardo, Noemí Mella, Manolo Quiroz, Elsa Di Vanna, Marcial Scotborg, Ana Francia Bonnet, Eduardo Martínez de Ubago, Elsa Gruning, Irma Hungría, los escultores Antonio Toribio y Gaspar Mario Cruz, llamado **El Primitivo** por la forma de su quehacer artístico.

A estos nombres se han ido sumando otros: Leopoldo Pérez, José A.

Rincón Mora, Cándido Bidó, Damaris Defillo, Augusta de Alfaro, Dionisio Hilario, Elsa Núñez, y las escultoras Carmen Omega Peláez y Thania Pereyra, por ejemplo.^[5]

Todo esto da prueba de cómo el arte en la República Dominicana no es una manifestación de adorno educacional, sino un verdadero espíritu artístico, una conciencia que se ha ido formando a través de los años en una continuada labor fructífera, por lo que la Escuela Nacional de Bellas Artes ha sido cantera y crisol que periódica e ininterrumpidamente arroja balances muy de tomar en cuenta, como lo demuestra la importancia que los dominicanos han tenido en exposiciones internacionales como las bienales de Madrid y de Sao Paulo y las celebradas en instituciones de prestigio universal como la Unión Panamericana de Washington y la Casa Latinoamericana, de París.

Si bien en algunos casos la acusada influencia de artistas como Jaime Colson, José Gausachs, Manolo Pascual y José Vela Zanetti, pongamos por caso, ha hecho de sus alumnos simples imitadores se nota a seguidas la evolución artística en busca de la propia personalidad deviniendo en modos de hacer y de expresarse donde las raíces producen ramas nuevas y frutos distintos. Vale decir, el carácter individual de cada artista dominicano ha adquirido fuerza sin préstamos ni arriendos de otros.

De ahí que las inquietudes de nuestros artistas corran parejas con los movimientos mundiales más sobresalientes, en un exponente fiel del grado de cultura dominicana en la Era de Trujillo.

La X Bienal de Artes Plásticas, y su solo ordinal es señal de primacía, revela la existencia real de positivos valores y cómo la juventud dominicana ha sabido encauzar *sus* posibilidades en una senda segura de triunfo.

Y es que el espíritu dominicano, en la Patria Nueva, alienta las ansias mejores y tiene conciencia de sí en la seguridad de no andar en titubeos y vacilaciones, sino con el ardimiento de la convicción y del propio valer personal dentro de un conglomerado consagrado a la paz y al trabajo, en las evolucionantes conquistas de la civilización y el progreso.

En la obra de todos, de los artistas foráneos, penetra el ámbito dominicano, el color, la luz, el paisaje, la audacia de las líneas y de los torsos femeninos, como penetrara en la de Chasseriau el ámbito africano.

Desde entonces las Exposiciones de Arte, como los Conciertos musicales, se hacen verdaderamente frecuentes, no sólo en los días solemnes, como antaño, en que todo cabía en los dos sacros días patrios, el 27 de febrero y el 16 de agosto.

También se repiten los concursos artísticos, en los que compiten nacionales y extranjeros; se multiplican los maestros; se abre la Galería Nacional de Bellas Artes; los pintores dominicanos no tienen ya que abandonar su arte modus vivendi de la fotografía; surge el Palacio de Bellas Artes. [\[6\]](#)

No contamos, como en Europa, con una tradición artística desarrollada a través de los siglos. Pero hoy, pero hoy ya podemos decirlo, esa tradición, incipiente y vacilante en los días de Desangles y de Abelardo, ha sido dotada de la basamenta necesaria: la Escuela de Bellas Artes, creada en tiempos de Trujillo, cuya hirviente actividad va cobrando, cada día más, el ritmo de las cosas perdurables.

[1] En *La pintura en Honduras, (Cuadernos Hispanoamericanos)*, Luis Mariñas Otero hace esta afirmación aplicable a Santo Domingo: “Durante el presente siglo fue frecuente la presencia, en las Repúblicas centroamericanas, de pintores españoles de segunda fila que, no obstante su mediocridad, crearon en el país donde vivieron la inquietud por una técnica nueva que antes desconocían, lo que contribuyó no poco a la creación de las pinturas nacionales centroamericanas”. Entre los pintores aludidos menciona a Fernández Granell, en Guatemala. Parece que ignoraba que éste había estado antes en Santo Domingo, donde fue muy bien estimado.

[2] Como el artista de Augsburgo, Johan Moritz Ruyendas descubre el paisaje grandioso de la

América Meridional, Haus-dorf se interna —como si estuviesen vedados sus misterios— en el paisaje dominicano; y así como Paul Klee, quien descubre en el Africa tenebrosa su sino de pintor, pudo exclamar entonces:

E! color me posee. Tal es el sentido de la hora afortunada. Yo y el color somos una sola cosa. Soy pintor. Es un nuevo Hausdorf el que se impregna del claro ambiente dominicano.

[3] Vela Zanetti, pintor más que delirante, frenético de lo grande y prepotente. Podría llamársele con una palabra de hoy, pintor atómico. Véase *Pinturas Murales del Consejo Administra-tivo del Distrito de Santo Domingo*, 8. D., 1946. (Fotos de los mu-rales, descripciones y noticia biográfica del autor, José Vela Za-netti. Cuaderno *preparado* por Rafael Díaz Niese y Emilio Ro-dríguez Demorizi.

[4] El escultor Pascual también dibujaba. Véase *Album de la Victoria*. 13 dibujos de Manolo Pascual. Comentarios poéticos de Roque Nieto Pella. S. D., Imp. San Francisco, 1943.

[5] Cabe agregar al joven Oscar Renta. Véase *Círculo nacio-nal de artistas*. Exposición de Oscar Renta: óleos y acuarelas. 5. D., 1952, 4 p., y a las pintoras Zaida Moya de García Aybar, Glo-ria González de Paniagua y Josefina Romano Pou, también poe-tisa admirable.

[6] Biografías de pintores dominicanos en el folleto de Bellas Artes, 5. D., 1964, Edición Brigadas Dominicana

Entre las artistas dominicanas que florecieron en tierra extraña, como Adriana Billini, se contó Jesusa Alfau Galván de Solalinde, pintora y escritora como su padre, Antonio Alfau Baralt. Jesusa Alfau nació en 1895 y murió en 1943. Véanse noticias acerca de la artista, por el Dr. V. Alfau Durán, en *Anales de 1a, Universidad de Santo Domingo*, Nos. 85-86, 1958, p. 210.

Entre los muchos artistas nuestros olvidados se cuenta Virgilio Giró Morales, fallecido el 7 de enero de 1969, quien dejó el óleo *Batalla de Palo Hincado*. Ricardo Curtiss fue autor del lienzo *Batalla de Las Carreras*, conservado en la Academia Militar de ese nombre. Curtiss era de origen francés. Murió hace escasos años.

De la “dramática” Ada Balcácer, de Aquiles Azar García, del sensacional Guillo Pérez, de Soucy de Pellerano, de Angel Haché, de Ramón Oviedo, de José Cesteros, de Thimo Pimentel, de Félix Gontier, de José Rotellini y demás jóvenes artistas del presente, habla Darío Suro en *Arte dominicano*.

Especial mención merece el Dr. Horacio Read B., quien dejando atrás su profesión universitaria por la de novelista, se consagró luego, con notorio buen éxito, a la pintura.

También merece particular mención León Bosch, de los más brillantes pintores de su joven generación.